

LIBERACION,

EJERCICIOS ESPIRITUALES

Y

OPCION POR LOS POBRES

J.R. Moreno, S.J.

*Aunque preparado para otro contexto creemos que el siguiente trabajo de nuestro director puede, desde la perspectiva de la Tercera Manera de Humildad y la opción por los pobres, darnos nuevos motivos para renovar nuestra pobreza.*



## LIBERACION HISTORICA Y LIBERTAD PERSONAL.

Cuando hablamos de "liberación" la solemos entender primordialmente como liberación de un pueblo. Su modelo es el Exodo. Insistimos así en que el pueblo es sujeto de su propia historia; que el pueblo, constituido Pueblo de Dios, protagoniza la historia de la Salvación y, respondiendo a la llamada de Dios, va haciendo realidad la presencia del Reino.

Sin embargo no podemos olvidar que únicamente donde hay libertad hay sujeto de decisión; sujeto de gracia y de respuesta. Que sólo donde hay libertad -y en la medida en que la haya- puede haber auténtica construcción del Reino de Dios y no un mero hacer y hacerse puramente mecánicos. Ahora bien,

el portador radical de la libertad es la persona.

Por otro lado la tarea del Reino supera el ámbito de lo puramente personal. Es una tarea esencialmente comunitaria. Es quehacer de todo un pueblo, entendido no sólo sincrónicamente como los que viven una historia común en un momento dado, sino diacrónicamente como los que viven y realizan un proyecto común a través de generaciones que se suceden. Pero es indudable que dentro de la dialéctica persona-comunidad, es en última instancia en la libertad de las personas y la viabilización de sus posibilidades donde se juega la causa del Reino. Es la persona la que, asumiendo la llamada a una mayor libertad, se decide a liberarse liberando, a hacer solidaria su propia libertad de la de los otros, para luchar junto al otro, formando pueblo, por unas condiciones de convivencia que hagan posible para todos el ejercicio de una más plena libertad. Así la propia libertad tiene su medida en la libertad de los demás. Hay una dialéctica continua en el proceso de liberación entre persona y comunidad, entre libertad personal que se compromete en la lucha por ampliar el campo de libertad -obtenido por la lucha de todos- que permite al individuo ser intensivamente más libre y comprometerse en una ulterior expansión del campo de la libertad.

El proceso de liberación consta pues de dos momentos fundamentales: el momento de la opción personal por la liberación, y el momento comunitario de la acción solidariamente liberadora. Momentos inseparables en su dialéctica, pero al mismo tiempo claramente distinguibles.

### LOS E.E. Y EL PROCESO DE LIBERACION.

Es en el primero de estos dos momentos donde tenemos que situar los Ejercicios Espirituales. Toda su dinámica está dirigida a esclarecer y autenticar el momento de la decisión personal. Veamos, aunque sea brevemente, como se realiza esto.

La libertad consiste negativamente en un "estar libre de" predeterminaciones y condicionamientos que coaccionan la decisión. En este sentido "liberarse" significa desvincularse

nes, para que, aborreciendo, me enmiende y me ordene". Otro que viene de fuera, viene del mundo: escala de valores, concepciones, etc, todo lo que constituye las estructuras que lo configuran, pero que han sido interiorizadas por el hombre: "conocimiento del mundo, para que aborreciendo aparte de mí las cosas mundanas y vanas".

El hombre está alienado. Es esclavo y juguete por un lado de sus propias tendencias instintivas más o menos inconscientes; por otro de los valores mundanos -antítesis de los auténticos valores del Reino- internalizados y actuantes en la persona, ignorante de ello, a través de la asimilación cultural, procesos educativos, ideologías, etc.

El primer paso para la liberación es tomar conciencia de esas cadenas que nos atan, más esclavizadoras precisamente por ser cadenas invisibles que no resultan nada fáciles de desenmascarar. Por eso se pide "conoscimiento interno". Una vez reconocidas "aborrecer" y desechar, para, rotas las cadenas, poder seguir la ulterior llamada de la libertad.

### "LIBERTAD PARA" Y OPCION FUNDAMENTAL.

El resultado de esta liberación de cadenas es una mayor autoposesión. El hombre se hace más capaz de disponer sobre sí mismo y con ello, por medio de su actividad, sobre el mundo del que está llamado a ser señor. Pero ¿cómo disponer de sí y de lo otros? ¿libertad para qué?. Esta autodisposición es un tremendo poder; pero ¿en qué dirección emplear ese poder?.

Si la libertad de elección y acción se autodeterminase arbitraria y caprichosamente sin criterio alguno objetivo, se convertiría en realidad en falta de libertad. El que es "libre" de esta manera entrega realmente su acción al antojo y a la casualidad. Nuestra elección debe fundarse en algo, no puede ser una elección sin fundamento. No es lo mismo actuar sin estar determinando con necesidad previa a mi decisión, que actuar sin motivo alguno.

de "lo otro", tomar distancia incluso de mí mismo, pues en ese "lo otro" debo incluir mucho de mí, "con lo cual soy "realmente idéntico" e instintivamente tiendo a identificar me". Aquí encuentra su razón de ser la situación de "desierto" en que San Ignacio coloca al ejercitante, y la insistencia continua de los Ejercicios Espirituales en los exámenes, que no son sino la forma de distanciarse críticamente de uno mismo.

Esta dimensión negativa de la libertad humana es esencialmente relativa. Por eso no se trata de llegar a estar desvinculados de todo, sino de vincularnos con la naturaleza, con los otros y conmigo mismo con los vínculos que yo asumo responsablemente y no con vínculos que me son impuestos y que condicionan mis decisiones y acciones.

El lugar que S. Ignacio deja en los Ejercicios Espirituales a la búsqueda de esta libertad es enorme. Al explicar qué entiende por Ejercicios Espirituales explica que son "todo modo de preparar el ánimo, para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas buscar y hallar la voluntad divina" (E 1). Y el llamado título dice: "Exercicios Spirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea" (E 21).

Antes del acto decisorio propiamente dicho hay que liberarse de cuanto puede coaccionar esa decisión. Y las coacciones que preocupan a San Ignacio son las que brotan del sujeto mismo, "sus afecciones desordenadas", de ahí el tener que vencerse, saber tomar distancia de sí mismo.

En el triple coloquio del Tercer Ejercicio (E 63), San Ignacio hace pedir "interno conoscimiento de mis pecados y aborrecimiento dellos"; pero tras la toma de conciencia del mal hecho hay que apuntar más a la raíz y descubrir en el interior de uno mismo lo que nos condiciona e impulsa a actuar de esa manera. Estos condicionamientos están en el interior del hombre, pero tienen un doble origen: uno en la propia estructura de la personalidad -en el sentido psicológico de la palabra- que Ignacio expresa en la segunda petición del coloquio: "que sienta el desorden de mis operacio-

Aquí es donde entra el problema del "sentido". El criterio que rige nuestro actuar, que motiva nuestras decisiones es el "sentido" que de hecho queremos dar a la vida, sentido que organiza nuestro actuar y motiva nuestro decidir. Elegimos algo porque, en virtud de su valor, lo preferimos a las otras alternativas. Pero el valor no lo es tal sino con miras a algo. En último término nos mueve porque nos lleva a realizarnos. Pero esto supone que tenemos ya una idea de lo que queremos llegar a ser. Por eso a la elección de las acciones concretas, precede una opción fundamental: la elección de aquello que queremos llegar a ser, el proyecto fundamental de nuestra existencia. Sólo en el horizonte de esta opción previa puede algo ser admitido como motivo sin que reduzca por ello la libertad, sino que al contrario la plenifique.

Este proyecto fundamental constituye el sentido primario, la posición básica del hombre en el todo. Es lo que orienta y da peso a la actividad transformadora del hombre. Así mi opción de un proyecto fundamental es una decisión respecto a mi propia vida -elección de una manera fundamental de vivir- y respecto al mundo al que, en virtud de lo elegido como sentido primordial de mi existencia, quiero dar una determinada ordenación.

En suma, las decisiones de acción concreta están determinadas por sus motivos, pero los motivos son tales únicamente en virtud de la previa opción fundamental.

### CRISTO COMO HORIZONTE ABSOLUTO DE DECISION.

Desde esta perspectiva podemos decir que "cristiano" es aquel que ha hecho de Cristo su opción fundamental, el proyecto de su existencia. Para el cristiano Cristo es la palabra decisiva, el criterio definitivo que da sentido a la vida. Cristo se convierte así en el horizonte de toda decisión particular del cristiano.

No tiene nada de extraño, que estando los Ejercicios Espirituales dirigidos a ayudar a decidir "cristianamente" busquen ante todo revitalizar y hacer operante esta opción

fundamental por Cristo. Revitalizar y hacer operante, porque se supone que el que entra en Ejercicios es ya cristiano, aun que operativamente no lo sea tanto. A la hora del conflicto de lealtades, quizás aparece que la opción por Cristo no era lo suficientemente fundamental.

Durante la Primera Semana de Ejercicios Espirituales, se pone más énfasis en lo negativo: liberación del pecado, de lo que niega y bloquea la operatividad de la opción cristiana. Sin embargo ya en los famosos coloquios de esa Semana se hace presente la figura de Cristo que me saca del sin-sen tido de mi existencia de pecado, y ante el impacto liberador de ese encuentro me hace San Ignacio preguntarme "¿qué debo hacer por Cristo?" (E 53). La conversión no consiste en realidad sino en un continuo proceso en que, a través de sucesivos encuentros con el Señor, hago mi fe -opción por él- menos periférica y más interior, comprometo más totalizadamente mi ser en esa opción por Cristo. Y a medida que esa fe, esa opción afecta más el núcleo de mi persona, una nueva luz cae sobre el sentido de la existencia; las cosas se miran de otra manera, y surge una nueva mentalidad -metánoia- que exige a su vez una reorientación y reestructuración de mi vida. "Qué debo hacer?".

La Segunda Semana es un proceso más totalmente centrado en la figura de Jesús y la opción por él. La petición que se repite a lo largo de toda la Semana tiene por objeto la identificación afectiva y efectiva con su persona: "conoscimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga" (E 104). Amor como adhesión afectiva, pero al mismo tiempo como motor de la adhesión efectiva del seguimiento que culmina y autentica el amor mismo que lo impulsa.

La opción por Cristo no consiste sin más en una unión mística, pero tampoco en una imitación servil. Es seguimiento por amor. Seguir a Cristo es "ir detrás de él", no en el sentido material en que sus primeros discípulos pudieron hacerlo por los campos y ciudades de Palestina, sino entrando en relación con él, una relación totalizante, la relación del que lo vende todo para quedarse con lo único que valora,

la piedra preciosa que llena el sentido de su existencia (cfr. Mt. 13). Esa opción implica hacer mío el camino histórico de Jesús, pero en mi propia historia, en mi propio camino que recorro siguiendo las indicaciones que dimanan del hacer y decir de Jesús. En consecuencia es replantear mi vida a partir de Jesús.

Pero esta opción fundamental por Jesús no me libera del esfuerzo de la búsqueda. No me da una cómoda respuesta "a priori" para todas las preguntas de la vida diaria. Esa opción tiene que concretarse en decisiones históricas que no pueden ser copia servil de las que Jesús tomó en su propia situación histórica. Jesús es un modelo básico que hay que realizar de infinitas maneras de acuerdo a la diversidad de las personas y los contextos históricos. Optar por Jesús es dejarme guiar por una manera de mirar y vivir la vida que transforma el ser desde dentro. No es tener a Jesús como una meta externa, como un ideal, una norma exterior de acción. Es dejar que Jesús irrumpa dentro de mí y transforme así mi vida desde dentro, no desde fuera. El cambio que se realiza es así radical. De ahí surge el hombre nuevo, que porque es nuevo, actúa de manera nueva y comienza a hacer actuante la novedad del Reino de Dios.

Este es el horizonte dentro del que deben tomarse las decisiones si queremos -que lo mismo que las acciones que de ellas se sigan- sean cristianas.

### PELIGROS QUE AMENAZAN.

Esta opción fundamental tiene peligros más o menos sutiles que amenazan su operatividad. En vísperas de entrar en elecciones San Ignacio pretende hacer frente a tres de estos peligros.

1er. Peligro: Que el Cristo por el que optamos sea un Cristo deformado, un falso Cristo. Es el problema de los distintos mesianismos con que ya sus contemporáneos tuvieron que enfrentarse. ¿Cuál es el criterio para distinguir al Cristo auténtico, el Cristo del Padre, de los falsos

Cristos?. Es lo que San Ignacio pretende clarificar en su conocida Meditación de Dos Banderas (E 136 ss.), y el criterio no es otro que el que nos muestra el Evangelio: el camino histórico de Jesús. San Ignacio remite a ese camino histórico y se fija en los aspectos más contrastantes con las mentalidades de los hombres. El Cristo auténtico es el Cristo de la pobreza, el Cristo de la cruz oprobiosa, el Cristo del anonadamiento. Seguir al "sumo y verdadero capitán" es aceptar recorrer ese camino pasando por esos "escalones": "el 1o. pobreza contra riqueza; el 2o. oprobio o menosprecio contra el honor mundano, el 3o. humildad contra soberbia" (E 146). Ante ese criterio quedan desenmascaradas las falsas imágenes, proyección de nuestros falsos anhelos o construcción ideológica de los poderes del mundo.

2o. Peligro: Que a la hora de concretizar lo que el seguimiento de Jesús me exige en un momento dado sutilmente desplace el horizonte de decisión hacia mi propio yo inmaduro, inconsecuente con la opción radical por Cristo. Así quedan convertidos mis propios deseos en criterio decisivo, al que tiene que acomodarse el "seguimiento".

A disipar, en lo posible, este peligro viene la Meditación de Tres Binarios (E 149 ss.).

Es significativo que en la nota (E 157) con que San Ignacio termina de exponer esta meditación, vuelve a insistir en la pobreza, y pobreza actual, no meramente espiritual: "pedir en los coloquios pobreza actual". No es que se considere la pobreza como un valor absoluto -matiza San Ignacio la petición con "sólo sea servicio y alabanza de la su divina majestad"- sino como expresión y piedra de toque de la actitud radical de la libertad frente a uno de los más poderosos condicionamientos que deforman las decisiones humanas. No es Marx, ni mucho menos, el descubridor de la terrible fuerza que tiene el afán de riquezas para convertirse en horizonte -más o menos solapado- de nuestras decisiones y ser así de hecho el elemento estructurador de la sociedad. El "no podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mt. 6,24) son expresión de las dos grandes llamadas que disputan el corazón del hombre: la llamada de Dios, cuya respuesta lleva a la



construcción de su Reino; la llamada de las riquezas, cuya respuesta lleva a la construcción del reino de las tinieblas.

3er. Peligro: Un tercer peligro amenaza al cristiano que ha escogido el camino de Jesús. Es la falta de fuerza impulsora, la carencia de ese arrebató vital que hace crecerse ante la prueba y mantiene la esperanza contra toda esperanza. El peligro de la anemia espiritual: que la adhesión afectiva a la persona de Cristo no tenga mordiente suficiente y ante la dificultad caiga uno en la tentación de evadirse o esconderse tras sutiles racionalizaciones.

Las Tres Maneras de Humildad (E 165 ss), que San Ignacio considera de gran provecho considerar antes de entrar en elecciones, responde a esto. La tercera manera "perfectísima" (E 167) nos confronta con una adhesión afectiva a Cristo llevada a su máxima exacerbación: "Siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Christo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Christo pobre que riqueza, opprobrios con Christo lle nos dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo" (E 167).

Más de uno dirá que se trata de una utopía. Quizás, pero es entonces una utopía fundamental en la línea del seguimiento de Cristo, y con serias repercusiones prácticas en nuestros criterios de discernimiento. No puede entenderse la espiritualidad ignaciana sin tener presente esta tercera manera de humildad. Y no puede vivirse esa espiritualidad sin una humilde y orante búsqueda de ese amor exacerbado. La identificación con Cristo es tal que, distinguiendo claramente que las concreciones históricas de la vida de Jesús no tienen que ser necesariamente las mías, y reconociendo que el criterio último es el que Jesús mismo encarna en su vida: la voluntad del Padre, la causa del Reino de Dios, sin embargo desea que esa causa le lleve a seguir los mismos pasos históricos de Jesús, su mismo camino de la cruz.

¿Puede haber ojos más limpios para descubrir lo que pide cristianamente una situación determinada? ¿Mayor garantía de que la decisión se toma en Cristo y desde Cristo?

¿Mayor "liberación de" y mayor impulsión de la "libertad para"? Nos encontramos en el climax de este momento personal del proceso de liberación. Ahora sí el ejercitante está listo para entrar en elección.

## LA OPCIÓN POR LOS POBRES COMO ULTERIOR CONCRECIÓN HISTÓRICA DEL HORIZONTE DE DECISIÓN.

Nos preguntamos ahora si es posible una mayor concreción de lo que esta opción por Cristo significa hoy y aquí para nosotros. Una concreción suficientemente universal en este momento de la historia como para convertirse en punto de referencia más inmediato a la hora de nuestras decisiones.

La respuesta es sí. Hay una concreción que cada vez más ha ido tomando cuerpo en la conciencia de la Iglesia y de la Compañía y que tiene una relevancia especial en nuestro mundo de América Latina. Parte del hecho de que ese Cristo por el que optamos es el Cristo que se identifica con los pobres de este mundo. Un Cristo que no es neutral frente a pobres y ricos. Hay una clara parcialización evangélica que lleva a los pobres. Para ellos ante todo es la Buena Noticia, ellos son proclamados dichosos ante la presencia del Reino de Dios. Además forman esos pobres la mayoría de nuestro continente y del mundo, y su pobreza se hace más interpelante al aparecer como trágica consecuencia de la culpable indiferencia y explotación de quienes nadan en la abundancia. No se trata ahora de desarrollar este aspecto, de sobra conocido. Simplemente llamar la atención de que optar por el Cristo que ha optado por los pobres, es situar a los pobres como horizonte privilegiado de nuestras propias decisiones. La opción que se toma desde la perspectiva de la tercera manera de humildad "es más pobreza con Cristo pobre que riqueza, opprobios con Cristo lleno dellos que honores ...". No se escoge una pobreza en sí, ahistórica; se elige compartir la pobreza misma de Cristo; es parcializarme hacia una forma concreta de vivir mi identificación con Cristo, la de Cristo que sufre pobreza y humillación. Este debe ser un criterio actuante en nuestras decisiones tanto personales como corporativas -sean comunitarias o de todo el cuerpo de

la Compañía-, pero criterio historizado no, y aquí en la identificación con el Cristo que padece pobreza y oprobios en los pobres y oprimidos de nuestro mundo. La tercera manera de humildad adquiere así una actualidad brutal. Querer más pobreza con Cristo pobre, oprobios con Cristo lleno de ellos consiste simplemente en identificarse de verdad con el pobre de hoy -en el que Cristo sufre hoy la pobreza- y, como consecuencia de esa identificación, correr su suerte: ser injuriado, explotado, torturado, humillado. Desde esta perspectiva nuestras decisiones no pueden, no deben ser imparciales. En nuestro decidir tenemos que parcializarnos hacia la elección de aquello que actual y realmente nos inserta en el mundo de los pobres. Sólo la visión clara -cuidadosamente discernida- de que la causa del Reino -que es la causa misma de los pobres, que exige ante todo que se les haga justicia- pide otra cosa, debería impedir que nos desplazemos de hecho, físicamente al mundo de los pobres y compartamos con ellos los dolores, las esperanzas, las luchas por un mundo más justo.

### CONCLUSION.

Dejándonos guiar por el proceso liberador de los Ejercicios hemos llegado a un criterio fundamental para nuestras opciones apostólicas. Ya no se trata de una opción puramente personal. Se trata de comprometer solidariamente nuestra libertad en esta opción por lo pobres, de hacer seriamente nuestra su causa. Y convertir esta opción en horizonte desde el que revisar nuestras opciones previas y nuestro estilo de vida. Sin olvidar que en esa revisión desde los pobres, el desde, en el espíritu de la tercera manera de humildad, debe entenderse de la manera más literal que ca da situación lo permita.

Sin duda que frente a las serias implicaciones que de aquí brotan, surgirán en nosotros sutiles mecanismos de defensa, hábil utilización inconsciente de ideologías que protejan nuestros "ducados" (E 150). Es necesario que con la ayuda del Señor que nos ha llamado y al que hemos elegido se guir nos abramos a esa conversión de que nos habla la última

Congregación General. Nada mejor para terminar que citar textualmente el no. 48 del Decreto IV:

*"De la misma manera, la solidaridad con los hombres que llevan una vida difícil y son colectivamente oprimidos no puede ser asunto solamente de algunos jesuitas: debe caracterizar la vida de todos, tanto en el plano personal como en el comunitario e incluso institucional. Se harán necesarias conversiones en nuestras formas y estilos de vida, a fin de que la pobreza, que hemos prometido, nos identifique al Cristo pobre que se identificó El mismo con los más desposeídos. Tendremos que revisar parecidamente nuestras inserciones institucionales y nuestras empresas apostólicas".*



*"Quien se solidariza con los pobres se hace prójimo; es en los pobres y oprimidos que se realiza la experiencia de ser prójimo también con aquellos que sin ser pobres están llamados a ser prójimo"*

A. Cussánovich